

las Indias en 2 de diciembre de 1608. Se declaró finalizada la línea masculina. Y D. Nuño Yelves de Portugal entró en posesión del ducado de Veraguas. Era nieto de Isabel, tercera hija de D. Diego (hijo del descubridor), por su viuda doña María de Toledo. Los descendientes de las dos hermanas mayores de Isabel tenían más derecho; pero acabó su progenie antes que se decidiese el pleito. Isabel se había casado con D. Jorge de Portugal, conde de Yelves. Así (dice Charlevoix) las dignidades y riquezas de Colon pasaron a un brazo de la casa portuguesa de Braganza, establecida en España, cuyos herederos se intitulan: «De Portugal, Colon, duque de Veraguas, marqués de la Jamaica y Almirante de las Indias.»

La demanda de Baltasar Colombo de Cuccaro se desechó bajo tres formas diferentes por el consejo de las Indias, y sus súplicas pidiendo alimentos en virtud de la manda de Colon en favor de los parientes pobres, se desechó también, aunque las otras partes habían sentido á su suplica solicitando en su virtud alimentos. Murió en España, adonde había residido muchos años siguiendo su pleito. Su hijo volvió á Italia, persistiendo siempre en la validez de su petición: decía que era vano pedir justicia en España, pues tenían sus naturales demasiado interés en conservar aquellos estados y dignidades entre ellos mismos. Pero hizo circular el rumor de que había recibido doce mil doblones de oro, en compromiso de las otras partes. Spotorno, bajo la sanción de Ignacio de Giovanni, docto canónigo, trata este aserto como una especie propalada para ocultar su mal éxito, pues la contradecía la evidente pobreza en que estaba. La familia de Cuccaro, empero, mantiene todavía su derecho, y manifiesta grande veneración por la memoria de su ilustre antepasado el Almirante; y los viajeros suelen visitar su antiguo castillo en el Piamonte, con grande reverencia, como cuna del descubridor del Nuevo-Mundo.

NUMERO 3.

FERNANDO COLON.

FERNANDO Colon, hijo natural é historiador del Almirante, nació en Córdoba, no se sabe exactamente cuándo. Segun su epitafio, seria en 28 de setiembre de 1488; pero segun sus papeles originales conservados en el archivo de la catedral de Sevilla, que examinó Don Diego Ortiz de Zúñiga, coronista de aquella ciudad, debió ser en 29 de agosto de 1487. Su madre Doña Beatriz Enriquez era de una familia respetable; pero no llegó á casarse con el Almirante, segun se ha dicho por algunos de sus biógrafos.

En los principios de 1494 fué Fernando á la corte con su hermano mayor Diego, y bajo la vigilancia de don Bartolomé; y entró en la casa real de page del príncipe don Juan, hijo y heredero de Fernando é Isabel. El y su hermano permanecieron en aquel empleo hasta la muerte del príncipe; cuando pasaron á ser pages de la reina. Su educación fue por consiguiente esmerada; y Fernando dió pruebas más adelante de poseer bastante instrucción.

El año de 1502, cuando solo tenía trece ó catorce de edad, acompañó á su padre en el cuarto viaje de descubrimientos, y sufrió todos sus singulares y varios trabajos con una fortaleza que recuerda el Almirante con admiración y elogio.

Muerto su padre, parece que Fernando hizo dos viajes al Nuevo-Mundo; también acompañó al emperador Carlos V á Italia, Flandes y Alemania; y segun Zúñiga (Anales de Sevilla de 1593, núm. 3), viajó por toda la Europa y parte del Africa y del Asia. Con talentos, aplicación y buen juicio, no perdió estas ocasiones; antes adquirió por ellas muchos conocimientos en geografía, navegación é historia natural. Siendo inclinado á los estudios, y amigo de libros,

formó una selecta y copiosa biblioteca de más de veinte mil volúmenes, impresos y manuscritos. Con la sanción del emperador Carlos V, emprendió el establecimiento de una academia y colegio de matemáticas en Sevilla; y con este objeto comenzó á levantar un suntuoso edificio extramuros de la ciudad, enfrente del Guadalquivir, donde se situó despues el convento de San Laureano. Su constitución, empero, se había quebrantado en sus muchos viajes de mar y tierra, y una muerte prematura le impidió completar el plan de su academia, y le arrancó de otras labores. Murió en Sevilla el 12 de julio de 1593, á la edad, segun su epitafio, de cincuenta años, nueve meses y catorce dias. No dejó sucesión, ni fue casado. Se enjerró su cuerpo, segun él pidió, en la iglesia catedral de Sevilla. Legó su numerosa biblioteca al mismo establecimiento. Se puso, dice Zúñiga, «en la casa capitular de la iglesia; edificio que había servido antes de capilla real, y está adornado con estantes de caoba, primorosamente entallados, y las paredes y bóvedas están pintadas al fresco; y allí permanece en negligencia y olvido, pero separado del mundo.»

Don Fernando se dedicó con mucho afán á las letras. Segun la inscripción de su tumba, compuso una obra en cuatro libros, cuyo título está borrado en el momento, y la obra también perdida. Pérdida sensible, pues dice Zúñiga que los fragmentos de la inscripción especifican que contenía entre varias materias históricas, morales y geográficas, noticias de los países que había visitado, y especialmente del Nuevo-Mundo, y de los viajes y descubrimientos de su padre.

Pero su obra más importante en la historia del Almirante, que compuso en español. La tradujo al italiano Alonso de Ulloa; y de esta traducción italiana, ó más bien de la versión de ella otra vez al español, han procedido las varias ediciones que se han hecho en diferentes idiomas. Es singular que no exista la obra en español sino en la forma de traducción de la de Ulloa, y está llena de errores en fechas y distancias, y en la ortografía de los nombres propios.

Don Fernando fue testigo ocular de muchos de los hechos que refiere, particularmente en el cuarto viaje, en que acompañó á su padre. También tenía los papeles y cartas del Almirante y documentos recientes de todas especies de donde sacar extractos, así como trato familiar con las principales personas relacionadas con el suceso que él recuerda. Era hombre de probidad y discernimiento, y escribe más desapasionadamente de lo que podría esperarse, cuando trata de materias que afectan el honor, el interés y la felicidad de su padre. Pero es de lamentar que haya dejado en la oscuridad toda la vida del Almirante antes del descubrimiento, periodo de unos cincuenta y seis años. Parece que quiso echar sobre él un velo, á presentar á su padre al público, despues que se había hecho ilustre por sus acciones, y su historia se había en cierto modo identificado con la del mundo. Su obra, empero, es un documento de alto precio, que merece mucha fe, y puede llamarse piedra angular de la historia del continente americano.

NUMERO 4.

LINAGE DE COLON.

El abolengo de Colon ha sido punto de una celosa controversia, que aun no se ha decidido satisfactoriamente. Varias familias distinguidas, poseedoras de señoríos en Plasencia, Monferrate, y otros lugares diversos de los territorios de Génova, le reclaman como perteneciente á sus casas; y á estas se ha añadido recientemente la noble familia de Colombo en Módena. El natural deseo de probar parentesco con un hombre de distinguido renombre, ha causado estas rivalidades; pero se han aumentado en casos particulares,

por la esperanza de suceder á los títulos y empleos de honor y provecho, cuando se estinguíó su línea masculina. La investigación está envuelta en mucha oscuridad, de modo que hasta sus parientes más cercanos parece que se han hallado ignorantes de tal parentesco.

Fernando Colon en su biografía del Almirante, despues de un pomposo prelude, en que intenta rodear de una vaga y nebulosa magnificencia el origen de su padre, habla ligeramente de los esfuerzos de algunos para oscurecer su fama, haciéndole natural de varios lugares pequeños é insignificantes; y se detiene con mas complacencia á hablar de otros que le hacían natural de ciudades en que había personas de mucho honor y de su mismo nombre, y varios monumentos sepulcrales con armas y epitafios de los Colones. Dice que él mismo había ido al castillo de Cugureo á visitar dos hermanos de la familia de Colombo, ricos y nobles, el menor de los cuales tenía más de cien años de edad, y había oído decir que eran parientes de su padre; pero ellos no pudieron ilustrarlo sobre aquel asunto; por lo que rompe en su acostumbrado desprecio por estos honores adventicios, declarando que le parece mejor contentarse con empezar desde la gloria del Almirante, que ir escudriñando si su padre fue mercader ó cazador de volatería; pues, añade, de estos hay miles que se mueren todos los dias cuya memoria perece al punto hasta entre sus mismos vecinos y parientes, sin que sea posible averiguar despues ni aun si existieron.

Despues de estas y otras expresiones de semejanza desden por tan vacías distinciones se entrega á una vehemente censura de Agustino Giustiniani, á quien llama falso historiador, inconsiderado, parcial ó maligno compatriota, por haber en su Salterio calumniado al Almirante, diciendo que en su juventud se había empleado en ocupaciones mecánicas.

Como despues de toda esta discusión deja Fernando las dudas del parentesco de su padre en la oscuridad original que tenían, y parece al mismo tiempo tan sensiblemente irritable á las sugerencias derogatorias de los otros, toda su defensa tiende á la convicción, de que en realidad no sabía cosa alguna de que poder jactarse en su abolengo.

Acerca de la nobleza y antigüedad de la familia de Colombo, de que era en toda probabilidad el Almirante remoto descendiente, nos da Herrera alguna noticia. «Sabemos, dice, que el emperador Otton II confirmó en 904 á los condes Pietro, Giovanni, y Alejandro Colombo, hermanos, las posesiones feudatarias que tenían en la jurisdicción de las ciudades de Ayqui, Savona, Aste, Monferrate, Turin, Viceli, Parma, Cremona y Bérgamo, y todas las demás que gozaban en Italia. Parece que los Colombos de Cuccaro, Cucureo y Plasencia eran los mismos y que el emperador en el mismo año de 940 hizo donación á los dichos tres hermanos de los castillos de Cuccaro, Conzano, Rosignano, y otros y de la cuarta parte de Bistano, que pertenecía al imperio.»

Una de las más osadas empresas de los biógrafos determinados á ennoblecer á Colon, ha sido la de hacerlo hijo del señor de Cuccaro, burgo de Monferrate, en el Piamonte, y de decir que había nacido en el mismo lugar en el castillo de su padre. De él se dice haberse escapado Colon y sus hermanos muy jóvenes, y que no volvieron jamás. Esta aserción fue hecha por Baldassare Colombo, residente en Génova, pero original de Cuccaro, reclamando el título de duque de Veraguas en 1578, como dejamos dicho.

Esta fantástica historia así como todas las otras de la nobleza de su parentesco, está en contradicción perfecta con los sucesos posteriores de la vida del Almirante, su dilatada lucha con la oscuridad y la indigencia, y las dificultades que tuvo que arrostrar por

falta de relaciones de familia. «¿Cómo puede creerse, dice Bossi, que este mismo hombre, que en sus más crueles adversidades se veía incesantemente zaherido por sus enemigos á causa de la oscuridad de su cuna, no replicase á estas injurias, declarando su origen si descendía en efecto de los señores de Cuccaro, Conzano y Rosignano? Circunstancia que le hubiese dado el más alto crédito con la nobleza española.»

Las diferentes familias de Colombo que se apropian al grande navegador, parecen ser varios ramos del mismo tronco, y apenas cabe duda de que remotamente pertenecen al mismo linage respetable.

Sin embargo, parece cierto que salió Colon inmediatamente de una línea de humildes pero industriosos ciudadanos, que había existido en Génova desde el tiempo de Giacomo Colombo, el cardador de lana, en 1314; y de que habla Spotorno; ni es esto incompatible con la indicación de Fernando Colon, de que la familia ha sido reducida de alto estado á mucha pobreza por las guerras de Lombardia. Los feudos de Italia, en aquellas edades, habían arruinado y repartido muchas de las más nobles familias; y mientras algunas ramas conservaban el señorío y herencia de castillos y patrimonios, se confundían otras con la población más humilde de las ciudades.

NUMERO 5.

LUGAR DEL NACIMIENTO DE COLON.

Se ha hablado mucho acerca del lugar en que nació Colon. La grandeza de su nombre ha inducido á varias ciudades á reclamarlo como hijo suyo por un laudable orgullo; porque nada refleja mayor lustre en una ciudad que haber dado cuna á los hombres distinguidos. La opinión general, y por más tiempo establecida, estaba en favor de Génova; pero tan formales pretensiones adelantaron á este honor los estados de Plasencia, y en particular del Piamonte, que la academia de ciencias y literatura de Génova nombró en 1812 tres de sus miembros, los señores Serra, Carrego y Piaggio, comisionados para que examinasen aquellas razones.

Las pretensiones de Plasencia se entablaron en 1662 por Pedro Maria Campi, en la historia eclesiástica de aquella ciudad, manteniendo que Colon era natural de Pradello, lugar de las cercanías. Pareció probable, al investigarlo, que Bertolino Colombo, abuelo del Almirante, tuviese alguna propiedad en Pradello, cuya renta había sido recibida por Dominico Colombo de Génova; y despues de su muerte por sus hijos Cristóbal y Bartolomé. Admitiendo la corrección de este aserto, no había pruebas de que el Almirante, su padre ó abuelo, hubiesen jamás residido en aquel estado. Las mismas circunstancias del caso indicaban, al contrario, que su casa estuviese en Génova.

Los derechos del Piamonte se mantenían mejor. Se hizo ver, que un tal Dominico Colombo era señor del castillo de Cuccaro en Monferrate, al tiempo del nacimiento de Cristóbal Colon, que se decía era su hijo, y nacido en su castillo. Baltasar Colombo, descendiente de esta persona, instituyó una demanda ante el consejo de las Indias, pidiendo la herencia del Almirante cuando se estinguíó su línea masculina. El consejo de las Indias decidió contra él, como queda referido; y se probó que Dominico Colombo padre del Almirante, residió en Génova muchos años despues de la muerte de aquel señor de Cuccaro, que llevaba el mismo nombre.

Los tres comisionados nombrados por la academia de ciencias y literatura de Génova para examinar estas pretensiones, despues de una prolija, investigación dieron un voluminoso informe circunstancial en favor de Génova. En la Historia de Colon del señor Bofri puede verse un amplio digesto de su examen,

y una hábil disertación sobre el asunto, que confirma aquella opinión. Debe añadirse, para mayor corroboración que Pedro Mártir, y el obispo Las-Casas, coetáneos y amigos de Colon, y Juan de Barros, el historiador portugués, todos hacen á Colon natural de los territorios genoveses.

Otra cuestión, asunto de estas discusiones, se ha agitado entre los mismos genoveses, sobre si nació Colon en la ciudad de Génova ó en alguna otra parte de su territorio. Tinalé, Oneglia y Savona, ciudades de la costa Ligúrea al occidente; Boggiasco, Cogoleto y otras ciudades y villas le claman como suyo. Su familia poseía alguna propiedad en un lugar ó aldea entre Quinto y Nervi, que tiene el título de Torre del Colombi.

Bartolomé Colon, hermano del Almirante, se decía de Terra-Rubra, en una inscripción latina del mapa que presentó á Enrique VII de Inglaterra; y Fernando Colon dice, en su historia del Almirante, que acostumbraba á firmar del mismo modo antes de obtener sus dignidades.

Cogoleto gozó por un tiempo el honor. Algunas de las familias reclamaban al descubridor por suyo, y conservaban su retrato. Uno, ó ambos de los Almirantes llamados Colombo, con quien él navegó, se dice haber nacido en el mismo lugar, los cuales confundidos con él dieron valor á esta idea.

Savona, ciudad de los territorios genoveses, reclama el mismo honor, y su demanda no hace mucho que se presentó con grande fuerza. El señor Giovanni Battista Belloro, abogado de Savona, la ha defendido vehementemente en una ingeniosa disputa, de data de 12 de mayo de 1826, en forma de una carta al baron du Zach, editor de un diario astronómico y geográfico de mucho mérito.

El señor Belloro sienta como hecho admitido, que Dominico Colombo fue por muchos años vecino residente de Savona, en cuyo lugar se prueba que un tal Cristóbal Columbus firmó un documento en 1472.

Dice que una plaza pública de aquella ciudad tenía el nombre de Platea Columbi hácia el fin del siglo XIV; que el gobierno Ligúreo dió el nombre de *Jurisdizione de Columbi* á aquel distrito de la república, en la creencia que el gran navegante era natural de Savona, y de que Colon dió el nombre de Savona á una pequeña isla, adyacente á la Española, en sus primitivos descubrimientos.

Nombra á muchos escritores savoneses, principalmente poetas, y á varios historiadores y poetas de otros países; y así establece la proposición de que Colon estaba considerado como natural de Savona por personas de autoridad.

Se detiene especialmente en el testimonio del magnífico Francisco Spinola, según lo cita el docto prelado Filippo Alberto Pollero, manifestando que había visto el sepulcro de Cristóbal Colon en la catedral de Sevilla, y que dice el epitafio espresamente que era natural de Savona: *Hic jacet Christophorus Columbus, Savonensis*.

Las pruebas del señor Belloro manifiestan mucho celo por el honor de su ciudad nativa, pero no abonan el hecho que quiere establecer. Demuestra claramente que muchos escritores respetables creían á Colon natural de Savona; pero un número infinitamente mayor puede presentarse, y muchos de ellos contemporáneos del Almirante, algunos íntimos amigos, otros sus compatriotas, que dicen haber nacido en la ciudad de Génova. Entre los escritores savoneses, Giulio Salinorio, que investigó este asunto, viene expresamente á la misma conclusión. *Genova città novillissima, era la patria di Colombo*.

Parece correcta la opinión del señor Belloro, de que Dominico, el padre del Almirante, residió muchos años en Savona. Pero resulta de su propia di-

sertación, que el Cristóbal que fue testigo de un testamento en 1472, se llamaba él mismo de Génova: *Christophorus Columbus Lanerius de Janna*. Hablan de este incidente otros autores, que presumen que el dicho Cristóbal fuese el Almirante, cuando fue á visitar á su padre de el intervalo de los primeros viajes. En cuanto la circunstancia tiene relación con el principal argumento, cabe la idea de que fuese natural de Génova.

El epitafio en que el señor Belloro hace su principal fuerza es mal argumento. Cristóbal Colon no se enterró en la catedral de Sevilla, ni se le erigió en ella ningun monumento. La tumba á que alude el docto prelado Pollero, puede haber sido la de Fernando Colon, hijo del Almirante, que estaba enterrado en la catedral de Sevilla, á la que dejó su biblioteca. Se erigió en la iglesia un monumento á su memoria. La inscripción que cita el señor Belloro puede haber sido equivocadamente escrita de memoria por el magnífico Francisco Spinola, bajo la equivocada idea de que había visto el sepulcro del Almirante. Como Fernando era natural de Córdoba el término *Savonensis* debió de ser otro error de la memoria del magnífico.

Esta cuestión se ha examinado también con grande minuciosidad, y decidíose en favor de Génova por Don Giovanni Battista Spotorno, de la real universidad de aquella ciudad, en su memoria histórica de Colon. Manifiesta que la familia de Colombi había residido mucho tiempo en Génova. Por un extracto sacado de un protocolo público, aparece que un tal Giacomo Colombo, cardador de lana, residió fuera de la puerta de San Andres en 1311. También un convenio publicado por la academia de Génova prueba que en 1489 Dominico Colombo poseía una casa y tienda, y un jardín con un pozo en la calle de la Puerta de San Andres, antiguamente estramuros; y se presume que esta fuese la misma residencia de Giacomo Colombo. También tenía otra casa alquilada á los monges de San Esteban en la Via Mulcento, que iba desde la calle de San Andres á la Strada Giulia.

El señor Bossi dice que varios documentos recientemente hallados en los archivos de San Esteban, presentan repetidas veces el nombre de Dominico Colombo desde 1456 á 1459, y le designan como hijo de Giovanni Colombo, marido de Susana Fontanarossa, y padre de Cristóbal, Bartolomé y Giacomo (ó Diego). Añade que los recibos de los cánones muestran que el último pago de alquiler de casa le hizo Dominico Colombo, en 1489. Infiere que nació el Almirante en una casa perteneciente á los monges, situada en la via de Mulcento, y que se bautizó en la iglesia de San Esteban. Añade, que un antiguo manuscrito examinado por los comisionados de la academia genovesa, tenía al márgen escrito por el notario, que el nombre de Cristóbal estaba en los libros de la parroquia, como bautizado que había sido en aquella iglesia.

Andrés Bernaldez, cura de los Palacios, y amigo íntimo de Colon, dice que era de Génova. Agustino Giustiniani, contemporáneo de Colon, afirma lo mismo en su *Salterio Poligloto*, publicado en Génova en 1516. Antonio de Herrera, autor exactísimo, que aunque no contemporáneo tenía acceso á los mejores documentos, dice decididamente que era natural de Génova.

A estos nombres pueden añadirse los de Alejandro Geraldini, hermano del Nuncio, instructor de los hijos de Fernando é Isabel, é íntimo amigo de Colon; Antonio Gallo, Bartolomé Seneraya y Uberto Toglietto, todos contemporáneos del Almirante y naturales de Génova, juntos con un escritor anónimo que publicó una relación de los viajes de descubrimientos en Venecia en 1509. Es inútil decir que los historiadores posteriores convienen en lo mismo, pues que deben

haber tomado sus noticias de alguna de estas autoridades.

Se ha tratado el punto del lugar del nacimiento de Colon tan minuciosamente por haber sido y ser todavía de agitada controversia. Puede considerarse, empero, como conclusivamente decidido por la mas alta autoridad, el testimonio de Colon mismo. En un testamento ejecutado en 1493, y admitido despues en los tribunales españoles como argumento en los pleitos de sus descendientes, declara dos veces ser natural de Génova: «Siendo yo nacido en Génova;» cuya asercion repite como razon para hacer ciertos encargos á sus herederos, manifestando el interes que tomaba por su ciudad nativa. *Item: «Mando al dicho Don Diego mi hijo, ó á la persona que heredare el dicho mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linage que tenga allí casa y mujer é le ordene renta con que pueda vivir honestamente, como persona tan ligada á nuestro linage, y haga pie y raiz en la dicha ciudad como natural de ella, porque podrá haber de la dicha ciudad ayuda é favor en las cosas del menester suyo, puesto que della sali, y en ella naci.»*

En otra parte del testamento se espresa con filial ternura respecto á Génova. «Mando al dicho Don Diego mi hijo, ó la persona que heredare el dicho mayorazgo, que obre y trabaje siempre por el honor, la prosperidad y aumento de la ciudad de Génova, y que emplee todos sus talentos y medios en defender y aumentar la prosperidad y honor de su república, en todas las materias que no sean contrarias al servicio de la Iglesia de Dios, ó al estado del rey y reyna, nuestros soberanos y sus sucesores.»

Un informal codicilo ejecutado por Colon en Valladolid en 4 de mayo de 1506, diez y seis dias antes de su muerte, fue descubierto hácia el año de 1785 en la biblioteca Corsini en Roma. Llámase codicilo militar por estar hecho del modo que permite la ley civil á los soldados que ejecutan semejantes instrumentos la víspera de la batalla, ó en el trance de la muerte. Estaba escrito en un breviario que le regaló el papa Alejandro VII. Colon dejaba este libro «á su amada patria la república de Génova.»

Encarga la erección de un hospital en aquella ciudad para los pobres, con provision para su sustento, y declara á aquella república su sucesora en el Almirantazgo de las Indias, en caso de extinguirse su línea masculina.

Se ha dudado de la autenticidad de este documento. Han dicho algunos críticos que no era de creer apelase Colon á un uso que probablemente no conocia. Esta objecion no es convincente. Colon estaba acostumbrado á las peculiaridades de una vida militar, y repetidas veces escribió cartas en momentos críticos, como precaucion contra alguna ocurrencia fatal que parecia amenazarlo. El presente codicilo, por la fecha, debió haberlo escrito algunos dias antes de su muerte, quizá en uno de aquellos momentos en que imaginaba haber llegado el último de su vida. Esto pudo haber causado la diferencia de la letra, en especialidad por afectarle á veces tanto la gota de las manos, que no podia escribir sino de noche. También se ha hablado mucho de la diferencia de la firma; pero no parece que usaba la suya con mucha regularidad; siendo este, por otro lado, punto á que daria particular atencion cualquier falsificador. Tampoco se ve qué ventaja podria resultar á nadie de la falsificación de este documento, ni que tal cosa se haya intentado.

En 1502; cuando iba Colon á emprender su cuarto y último viaje, escribió á su amigo el doctor Nicolo Oderigo, antes embajador de Génova en España, y le mandó copia de todas las gracias y empleos recibidos de los soberanos españoles, autenticadas ante los alcaldes de Sevilla. Al mismo tiempo escribió al banco

de S. Jorge, en Génova; mandando que la décima parte de sus rentas se pagasen á aquella ciudad, en diminucion de los derechos sobre el trigo, vino y otras provisiones.

¿Por qué sentiria Colon tan vivo interes por Génova, si hubiese nacido en algun otro de los estados italianos que le aclaman por hijo? El no debía favor alguno á Génova. Había residido allí un corto tiempo de su juventud, y sus proposiciones de descubrimientos, según algunos escritores, se habían desoido desdenosamente por aquella república. Nada justifica, pues, tan vivo interes por Génova, sino el lazo filial que une el corazón del hombre á su lugar nativo, por mas que de él le separen el tiempo ó la distancia, por poca proteccion y amparo que le deba.

Y despues de todo, si hubiese nacido Colon en alguna de las ciudades ó villas de la costa genovesa que le proclaman hijo ¿por qué había dejado estas mandas á Génova, y no á su ciudad ó villa natural?

Evidentemente estos legados fueron hijos de un sentimiento misto de afecto y orgullo, que carecia de todo objeto, á no dirigirse á su lugar nativo. Estaba entonces elevado sobre pequeñas vanidades en este asunto. Su nombre era tan ilustre, que hubiese derramado esplendor en la aldea mas oscura; y el vivo amor patrio aquí manifestado nunca le hubiera satisfecho, hasta deslindar al punto preciso, y anidarse en la misma cuna de su infancia. Parecen estas poderosas razones sacadas de los sentimientos naturales para decidir en favor de Génova.

NUMERO 6.

LOS COLONES.

SIENDO jóven Colon se conocieron dos navegantes de su mismo nombre, de rango y celebridad, con los cuales hizo algunos viajes. Según Fernando Colon, (Hist. del Almirante, c. 1.) eran parientes de su padre; y Colon dice en una de sus cartas: «No soy yo el primer Almirante de nuestra familia.»

Eran los dos de que hablamos, tío y sobrino; el último, llamado por los historiadores españoles Colombo el Mozo.

El tío estaba al servicio de Francia; probablemente entró en él cuando se hallaba Génova bajo la proteccion, ó mas bien dominio de aquella corona. Se dice que tomó parte en la expedición de Juan de Anjou contra Nápoles, y que Colon navegó con él.

Zurita habla en los Anales de Aragon de Colombo el tío (l. XIX, p. 261) en la guerra entre España y Portugal, sobre los derechos de la princesa doña Juana á la corona de Castilla. En 1476 el rey de Portugal determinó ir á la costa meridional de Francia, para incitar á su aliado Luis XI á seguir la guerra en la provincia de Guipúzcoa.

Salió el rey de Toro, dice Zurita, en 18 de junio, y fue por el río á la ciudad de Porto para esperar la escuadra del rey de Francia, cuyo capitán era Colon (Colombo) que debía navegar por el estrecho de Gibraltar y pasar á Marsella.

Despues de algunas dilaciones llegó Colon al fin de julio con la armada francesa á Bermeo, en la costa de Vizcaya, adonde sufrió una tempestad violenta, perdió su capitana, bajó á la costa de Galicia con ánimo de atacar á Ribaldo (1), y perdió mucha de su gente. De allí pasó á Lisboa para recibir al rey de Portugal, que se embarcó en su flota en agosto con varios nobles, dos mil doscientos soldados de á pie y cuatrocientos setenta caballos, para reforzar las guarniciones portuguesas de la costa de Berbería. Iban en la escuadra doce bajeles grandes y cinco carabelas.

Despues de tocar en Ceuta, prosiguió la armada á Colibre, adonde el rey se desembarcó á mediados de

(1) Será tal vez Rivadeo.

setiembre, no permitiéndole el tiempo llegar hasta Marsella. (Zurita, l. xix, c. 51.)

Este Colon es evidentemente el gefe naval, de quien dice lo siguiente Jaques Georges Chaufepies en su suplemento á Bayle (vol. n, p. 126): «No sé qué mérito deba hacerse de un hecho referido en la Ducatiana (part. I, p. 143), de que Colon era en 1474 capitán de varios buques de Luis XI, y que como los españoles habian hecho una irrupcion en el Rossellon, pensó que por via de represalia, y sin contravenir á la paz entre las dos coronas, podía echar á pique los buques españoles. Atacó por consiguiente dos galeras de aquella nacion, cargadas por cuenta de varios individuos. Habiéndose dado quejas de esta accion al rey Fernando, escribió sobre ello á Luis XI: su carta es de 9 de diciembre de 1474. Fernando llama á Cristóbal Colon, súbdito de Luis; y esto porque, como es bien sabido, era Colon genovés, y Luis, soberano de Génova; aunque la ciudad de Saona la tuviese en feudo el duque de Milan.»

Es muy probable que la escuadra de este mismo Colon fuese la que apareció en lavante en 1475 y 1476; y en una ocasion atacó la escuadra veneciana estacionada para proteger la isla de Cipre; sobre lo que escribieron dos caballeros milaneses al duque de Milan, en carta de 1476, citada por Bossi, y despues por Spotorno.

El sobrino de este Colon, llamado por los españoles Colarabo el Mozo, mandó tambien algunos años despues una escuadra al servicio de Francia, y se hizo formidable en el Mediterráneo, como se verá en una ilustracion subsiguiente. Los nombres de estos dos Colombos, tio y sobrino, aparecen vagamente á ciertos intervalos en el período oscuro de la vida del Almirante; por lo que lo han confundido con su nombre los historiadores. Fernando Colon dice que su padre navegó algunos años con Colombo el Mozo. Es probable que en varias ocasiones tuviese mando inferior en las escuadras de tio y sobrino, y que se hubiese hallado en las funciones citadas antes.

NUMERO 7.

ESPECION DE JUAN DE ANJOU.

TENDRIA Colon unos veinte y cuatro años cuando se vió su ciudad nativa en gran peligro por la amenazada invasion de Alfonso V de Aragon, rey de Nápoles. Hallándose demasiado débil para resistir á tal enemigo, y habiendo pedido en vano ayuda á la Italia, se puso bajo la proteccion de Carlos VII de Francia. Aquel monarca envió á su favor á Juan de Anjou, hijo de René ó Renato, rey de Nápoles, que se habia visto desposeido de su corona por Alfonso Juan de Anjou, llamado tambien duque de Calabria, inmediatamente tomó el mando de la ciudad, reparó sus murallas, y fortificó la entrada del puerto con cadenas. Entre tanto habia preparado Alfonso numerosas fuerzas de tierra, y juntado una armada de veinte bajeles y diez galeras en Ancona, en las fronteras de Génova. La situacion de esta última ciudad se consideraba como eminentemente peligrosa, cuando Alfonso cayó repentinamente enfermo de calenturas, y murió, dejando los reinos de Aragon y Sicilia á su hermano Juan, y el reino de Nápoles á su hijo Fernando.

La muerte de Alfonso, y la division de sus dominios, al paso que aliviaron el temor de los genoveses, hicieron nacer nuevas esperanzas en la casa de Anjou; y el duque Juan, animado por emisarios de algunos partidarios poderosos de la nobleza napolitana, determinó hacer un movimiento osado sobre Nápoles para el recobro de la corona. Los genoveses entraron con espíritu en su causa, dándole naves y dinero. Su padre René ó Renato armó doce galeras para la expedicion en el puerto de Marsella,

y le envió promesas de proveerlo abundantemente de dinero y de procurarle la ayuda del rey de Francia. La naturaleza brillante de tal empresa atraía á los audaces é inquietos espíritus de aquellos tiempos. La nobleza y caballería, los soldados de la fortuna, los reacios corsarios, los osados aventureros, los ansiosos mercenarios, se alistaron bajo las banderas del duque de Calabria. Dicen los historiadores que Colou sirvió en la armada genovesa en una escuadra mandada por uno de sus parientes los Colombos.

Zarpó la expedicion contra Nápoles en octubre de 1479, y llegó enfrente de Sessa, entre las bocas del Garigliano y del Volturno. La noticia de su llegada fue la señal de una revolucion universal; los facciosos barones y sus vasallos se apresuraron á juntarse con Anjou; y pronto tuvo el duque á su mando las mas bellas provincias napolitanas, y con su ejército y escuadra amenazaba hasta la capital de Nápoles.

En la historia de esta expedicion se encuentra una accion peligrosa en la escuadra en que iba Colon.



Carlos VII rey de Francia.

El ejército de Juan de Anjou; acometido por una fuerza superior, se vió en mucho riesgo en las bocas del Sarno. En esta crítica coyuntura el capitán de la armada desembarcó con su gente y ocupó las cercanías, esperando despertar en el pueblo su primer entusiasmo por la bandera de Anjou, y quizá tomar á Nápoles por sorpresa. Las tropas de mar del enemigo salieron contra ellos. Teniendo los de Anjou poca disciplina militar y mucha disposicion libre de la que suelen los aventureros marítimos, se habian repartido por los campos, ocupándose principalmente del botín. Los atacó y derrotó la infantería, quedando muchos muertos y otros heridos. Queriendo refugiarse en los buques, hallaron bloqueados los caminos por el paisanaje de Sorrento, que los asaltó é hizo en ellos terrible carnicería. Ya su fuga llegó á ser ciega y desesperada hasta el punto de que muchos, sobrecojidos del frenesí del terror, se arrojaron al mar desde las rocas y precipicios, pero poquíssimos volvieron á los buques.

En los cuatro años que duró la lucha de Juan de Anjou por la corona de Nápoles, pareció alguna vez que le favorecía la fortuna y que habia logrado su presa; pero sucedieron reveses, le derrotaron en varios puntos; los nobles sublevados desertaron uno

á uno, y volvieron á someterse á Alfonso, y el duque se vió finalmente obligado á la isla de Ischia. Allí permaneció por algun tiempo, guardado por ocho galeras, que al mismo tiempo incomodaban mucho la bahía de Nápoles. En esta escuadra, que le siguió lealmente hasta que abandonó su empresa, se supone que pudo Colon haber servido.

NUMERO 8.

CAPTURA DE LAS GALERAS VENECIANAS POR COLON EL MOZO.

Como la relacion de la batalla naval, por la cual Fernando Colon dice que fue su padre arrojado á las costas de Portugal, ha sido adoptada por varios historiadores respetables, es preciso dar las razones que desacreditan este hecho.

Dice Fernando que fue en una accion referida por Marco Antonio Sibelico, en el octavo libro de su dé-

cima década; que la escuadra en que servía Colon, la mandaba un famoso corsario llamado Colombo el Mozo, y que se envió una embajada de Venecia á dar gracias al rey de Portugal por el socorro administrado á los capitanes venecianos y sus tripulaciones. Todo esto lo recuerda ciertamente Sabellicus; pero la batalla se dió en 1485, un año despues que Colon habia salido ya de Portugal. Zurita en sus Anales de Aragon, y en data de 1485, hace mérito de la misma accion (l. xx, c. 64); «Por entonces, dice, cuatro galeras venecianas salieron de la isla de Cádiz y tomaron el derrotero de Flandes; iban cargadas de mercancías de levante, especialmente de la isla de Sicilia, y pasando por el cabo de San Vicente, fueron atacadas por un corsario francés, hijo del capitán Colon, que tenia siete bajeles en su armada, y las galeras se capturaron el 21 de agosto.»

En la vida del rey Juan II de Portugal, se refiere mucho mas menudamente por García de Resende que tambien la recuerda como sucedida en 1485



Dice que las galeras venecianas fueron apresadas y robadas y por los franceses; y los capitanes y gente heridos, robados y maltratados se arrojaron á la costa de Cascaes. Allí los socorrió doña Maria de Meneses, condesa de Monsanto. Cuando el rey Juan II oyó esta circunstancia, sintiendo mucho que tal caso hubiese sucedido en sus costas, y estando dispuesto á manifestar su amistad á la república de Venecia, mandó que se proveyese á los capitanes de ricos vestidos; y se les diesen caballos y mulas para que vienesen á presentarsele de un modo digno de ellos y de su patria. Los recibió con mucha bondad y distincion, expresándose con regia cortesía con respecto á ellos y á la república de Venecia, y habiendo oido la relacion que le hicieron de la batalla, y de la deplorable situacion en que se hallaban, les dió una grande suma de dineros para rescatar sus galeras de los corsarios franceses. Estos mudaron todas las mercancías á bordo de sus buques; pero el rey Juan prohibió que se comprase ninguna parte de ellas en sus dominios. Habiendo socorrido y aliviado tan generosamente á los capitanes, y satisfecho la necesidad de las tripulaciones, los puso en estado de volver á Venecia en sus propias galeras.

Los dignatarios de la república se movieron tanto de esta munificencia del rey Juan, que le enviaron una pomposa embajada con ricos presentes y expresiones de gratitud. Gerónimo Donato, hombre eminente por su sabiduría y elocuencia, fue el encarga-

do de esta mision. Le recibió honrosamente el rey D. Juan, y le despidió colmándole de grandes presentes, entre los cuales habia palafrenes y mulas con suntuosos arreos, y muchos esclavos negros ricamente vestidos.

La historia de esta accion, segun Sabellicus en la de Venecia, es así:

«Erano andate quatro Galee, delle quali Bartolomeo Minio era capitano. Queste navigando per l'iberico mare, Colombo il piú giovane, nipote di quel Colombo famoso corsale, fecesi incontro á Venetiani di notte appresso il sacro Promontorio, che chiamasi hora Capo di San Vincenzo, con sette navi guernite da combattere. Egli quantunque nel primo incontro avesse seco disposto d' opprimere le navi Veneziane, se ritenne però dal combattere sin il giorno, tuttavia per esser alla battaglia piú acconcio così le seguia, che le prode del corsale toccavano le poppe d' Veneziani, Venuto il giorno, incontanente i Barbari diedero l' assalto, sostennero i Veneziani allora l' empito del nemico, per numero delle navi e d' combattenti superiore, e duró il conflitto atroce per molte ore. Rare fiate fu combattuto contro simile nemici con tanta uccisione, perché a pena si constuma d' attaccarsi contro di loro se non per occasione. Affermano alcuni, che vi furono presenti, esser morti delle ciurme Veniziani de trecento uomini.

«Altri dicono che fú mero. Mori in quella zuffa